

San Josemaría Escrivá: el valor de la oración y del sufrimiento de los enfermos

44

En Madrid, en la Catedral de la Almudena, hay diversas capillas laterales dedicadas a santos o beatos nacidos en esa ciudad, o que en ella desarrollaron su labor apostólica. Aunque san Josemaría Escrivá había nacido en Barbastro (Huesca) en 1902, fue en Madrid donde el Señor le hizo ver el Opus Dei, un camino de santificación y apostolado en medio del mundo y del trabajo profesional, y en esa ciudad ejerció durante muchos años su tarea sacerdotal. Tiene, por ello, una capilla presidida por una bella imagen suya. Sendos relieves recuerdan la vinculación de San Josemaría con la capital de España; en el de la izquierda, se le ve rezando en la Cuesta de la Vega, ante una imagen de la Virgen de la Almudena y en el otro aparece consolando a un enfermo. Cada relieve tiene su lápida explicativa. En la primera se lee: "En muchas ocasiones, el Beato Josemaría acudió a rezar, de rodillas en la acera, ante la imagen de nuestra señora de la Almudena situada en el muro que rodea esta catedral. Con inquebrantable fe y piedad filial, se dirigía a la Madre de Dios y Madre nuestra implorando su protección para los habitantes de esta ciudad y del mundo entero".

La segunda – la que aquí nos interesa más – afirma: "Para cumplir la misión que Dios le había confiado, buscó también la ayuda del dolor, trabajando heroicamente, durante muchos años, en los hospitales y en los barrios extremos, hasta el punto de poder afirmar que el Opus Dei había nacido entre los pobres y los enfermos de Madrid...".

Efectivamente, San Josemaría repitió muchas veces que el Opus Dei había nacido entre los pobres y los enfermos abandonados de los hospitales madrileños y que, gracias a la

oración y al sufrimiento de esas personas ofrecidos a Dios, él pudo seguir adelante en la tarea que Dios le había encomendado. Primero, trabajó como capellán del Patronato de Enfermos de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón¹, hasta noviembre de 1931². Luego comenzó a colaborar con la Congregación de S. Felipe Neri (conocidos como los "Filipenses") visitando a los enfermos del Hospital General³, y en el verano de 1932 comienza su trabajo de capellán en el Hospital del Rey⁴.

Sor Engracia Echevarría, entonces Superiora de las Hijas de la Caridad que trabajaban en este hospital, ha testimoniado: "Por esa época nos quedamos sin capellán y en esas circunstancias se presentó ante mí D. Josemaría Escrivá de Balaguer, por entonces era un joven sacerdote que apenas contaría con treinta años de edad, y me dijo que no me apurase por no tener ya Capellán oficial. Que de noche y de día, y a cualquier hora que fuese, y bajo mi responsabilidad, debía llamarle según fuera la gravedad del enfermo que pedía los Santos Sacramentos"⁵.

Este trabajo en los hospitales madrileños supuso el contacto más directo con el sufrimiento físico; y el ofrecimiento de los dolores y la oración de los enfermos fueron las raíces de las que el joven Josemaría sacó vitalidad sobrenatural para llevar adelante su tarea fundacional. (No tratamos aquí del sufrimiento moral, que Josemaría conoció desde muy niño y le acompañó durante toda su vida; y sólo mencionamos el contacto que tuvo con la enfermedad de otras personas, dejando también fuera de nuestro estudio el papel del dolor y la enfermedad en su propia vida)⁶.

En 1974, respondiendo a una pregunta, en una tertulia en Santiago de Chile, decía: "Y ese sacerdote, con 26 años, la gracia de Dios y buen humor, y nada más tenía que hacer el Opus Dei... Y ¿sabes como pudo? Por los Hospitales. Aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupérrimos, tumbados por la crugía, porque no había camas; aquel hospital, del Rey se llamaba, donde no había más que tuberculosos pasados y entonces la tuberculosis no se curaba... ¡Esas fueron las armas para vencer! ¡Ese fue el tesoro para pagar! ¡Esa fue la fuerza para ir adelante!..."⁷.

Frecuentemente comentó que los enfermos eran el tesoro del Opus Dei. El 19 de marzo de 1975, en Roma, narra a un grupo de personas de la Obra: "Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid... En los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma... De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios en todos esos sitios. Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta. Pero he querido decir que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables, los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas... enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor"⁸.

S. Josemaría consideraba la enfermedad como un manantial de virtudes, como algo que, aunque ocasiona frecuentemente mucho sufrimiento, no sólo es valioso sino que incluso puede convertirse en

motivo de alegría. En la enfermedad, enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud; pero puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que es esencial de lo que no lo es, y con mucha frecuencia empujarla a una búsqueda de Dios o a un retorno a Él. De todo esto tuvo experiencia san Josemaría. En las horas pasadas cada día a la cabecera de los enfermos, hermanado con sus dolores, testigo de sus miserias, consolando con su presencia y borrando las miserias del alma con el sacramento de la Penitencia, había acabado por ver la figura amable y sufriente de Cristo, cargado con el peso y la fealdad del pecado, Cristo conllevando nuestros dolores y padecimientos. Y el sacerdote, otro Cristo, se identificaba con los enfermos en el dolor y en la misericordia. Sentía ansia de ver y aliviar a Cristo en los enfermos¹⁰.

En *Camino*, su obra más conocida, dejó escrito:

“– Niño. – Enfermo. – Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúsculas?

Es que para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él”¹¹.

Otras palabras suyas, aunque suenan duras – pero que conectan con toda la tradición cristiana sobre el tema – completan, a mi parecer, lo que venimos diciendo. Se trata de aquellas que aparecen también en *Camino*: “Bendito sea el dolor. – Amado sea el dolor. – Santificado sea el dolor. – ¡Glorificado sea el dolor!”¹².

Uno de sus biógrafos ha comentado: “No sé de ninguna frase que contradiga tanto al espíritu de nuestro siglo XX, y sobre todo de los últimos tres decenios, como esta ‘bienaventuranza del dolor’. Es fácil denunciarla como ‘masoquista’, como escandalosa o sencillamente ‘anormal’; lo que podríamos llamar ‘una naturaleza sana’ siempre ha estado aliada con el rechazo y el desprecio de la Cruz, que – como escribía San Pablo – era (y sigue siendo) ‘escándalo para los judíos, locura para los gen-

tiles’ (1 Co 1, 23)”¹³. Pero, continúa afirmando este autor, “el único planteamiento posible, aunque resulte incomprendible, es que la Cruz es el camino del Amor de Dios, el camino de la felicidad de los hombres libres; sólo este Amor puede integrar y superar la Cruz”¹⁴.

En alguna ocasión, palabras como éstas han sido acusadas de “dolorismo” (como si pretendieran la simple exaltación o glorificación del dolor), quizá fruto de un planteamiento formulado desde posiciones un tanto teóricas. Conviene por eso recordar también otras palabras del nuevo santo en las que alienta a combatir el dolor y a no conformarse con su mera aceptación: “El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita. ¡Bastantes sufrimientos hay en la vida! Y cuando no se puede quitar, se ofrece”¹⁵. No estamos, pues, ante una simplona aceptación de los dolores de la vida, dolores que se deben procurar eliminar, sino que se trata de, cuando aparecen, encontrarles su



pleno sentido en el plan de la Redención.

En todo caso, nos enfrentamos ante un profundo misterio: el dolor, siendo malo en sí mismo, puede convertirse también en señal de amor de Dios y, por consiguiente, en fuente de alegría. Como el dolor forma parte de la existencia humana, debe tener algún sentido en los planes divinos. Juan Pablo II advierte que el dolor en sí mismo es absurdo, y que sólo cuando es aceptado y ofrecido a Jesucristo, en unión con sus propios padeci-

mientos, se hace vida y resurrección: “En el Cuerpo de Cristo, que crece incesantemente desde la Cruz del Redentor, precisamente el sufrimiento, penetrado por el espíritu del Sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, presente en la historia de la humanidad, es la fuerza de la Redención”¹⁶.

Al comentar este texto, el cardenal Ratzinger afirmaba que “el dolor aceptado y soportado en comunión con Cristo, crucificado y resucitado, encuentra un sentido profundo para la persona y para los demás; es más, puede convertirse en fuerza de curación”¹⁷.

Han pasado 70 años de aquellas primeras experiencias del nuevo santo con los enfermos de los hospitales madrileños. Desde entonces, mucho ha progresado la Medicina y no es fácil – al menos en los países desarrollados – encontrarse con situaciones como las que él vivió. Pero también la Medicina actual está necesitada de ese *plus* de humanidad que encontramos en las enseñanzas de Jesús de Nazareth que, “siendo de condición divina (...), se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (*Flp* 2, 6.8). En esa línea, son muchas las instituciones católicas dedicadas a labores asistenciales en todo el mundo que se esfuerzan en conseguir esa deseada humanización de la salud siguiendo las enseñanzas (caridad, espíritu de servicio, etc.) de Jesucristo¹⁸.

Pues bien, la dedicación de san Josemaría a los enfermos se continúa, como una herencia, en diversos centros sanitarios fruto del ejercicio profesional de muchas personas que participan de los medios de formación cristiana que imparte el Opus Dei y que procuran vivir su espíritu, o en centros sanitarios promovidos por fieles y cooperadores de la Prelatura en muchos países del

mundo: la Clínica Universitaria de Navarra, que fue una iniciativa directamente promovida por él¹⁹; el Campus Biomédico de Roma; el Hospital Monkole de Kinshasa (República Democrática del Congo); el Niger Foundation Hospital and Diagnostic Centre, de Enugo (Nigeria); el Hospital Universitario Austral de Buenos Aires (Argentina), etc.

En todos ellos aparece la concepción de san Josemaría sobre el dolor y la enfermedad: una mirada que trasciende el mero plano físico y se funde con el más puro amor a Cristo, porque en todo enfermo está Él. Por eso, estar enfermo significa ser un preferido de Cristo, y, por tanto, si la fuerza y la gracia se obtienen de Cristo, no hay – después de los sacramentos – mejor camino para conseguir la santificación (la plena unión con Cristo) que el del sufrimiento y el de acercarse al enfermo que sufre, consolándole y ayudándole en sus necesidades²⁰.

El actual Prelado del Opus Dei recuerda unas palabras que escuchó directamente de labios de san Josemaría, que viene a sintetizar, a mi juicio, lo que hemos querido recordar en este artículo: “Sufrir, en el Opus Dei, si vivimos el espíritu que el Señor ha querido para nosotros, se convierte en amor, y en amor con alegría. No lo olvides, pasará el tiempo, yo me habré ido a rendir cuentas a Dios, y podrás repetir a tus hermanos que me oís-

te decir que el sufrimiento, cuando viene, nosotros lo amamos, lo bendecimos y lo convertimos en medio para dar gloria a Dios, siempre con alegría, que no quiere decir que no cueste” (...) La enfermedad, cuando viene, hay que amarla, y nosotros hemos de saber santificarla porque es ‘el trabajo profesional’ que el Señor pone en esos momentos en nuestras manos”²¹.

P. MIGUEL ANGEL MONGE
Capellán de la Clínica
Universitaria de Navarra
Pamplona, España

Notas

¹ Se trata de una fundación de Doña Luz Rodríguez-Casanova: Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, 5ª ed., Madrid 2001, pp. 274 ss.

² En sus *Apuntes íntimos* dejó escrito: “Otro favor del Señor: ayer hube de dejar definitivamente el Patronato, de enfermos por tanto: pero mi Jesús no quiere que le deje y me recordó que Él está clavado en una cama del hospital”: VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 425.

³ Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 425.

⁴ Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 432-444. Una enferma de ese hospital fue una de las primeras mujeres que se incorporaron al Opus Dei, María Ignacia García Escobar. Cfr. J.M. CEJAS, *La paz y la alegría*, Rialp, Madrid 2001.

⁵ VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 436-37. En esta obra se narra cómo las circunstancias políticas de aquel momento eran adversas a la presencia de la Iglesia en la vida pública.

⁶ Sobre estos aspectos remitimos al

reciente trabajo de los doctores D. MARTÍNEZ CARO y A. CANTERO FARIÑA, “¿Santificado sea el dolor! Aspectos médicos de la biografía del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en “Scripta Theologica”, vol. XXXIV, fasc. 2, mayo-agosto 2002; el estudio está tomado de las notas y borradores del informe médico realizado para incluir en el proceso de beatificación de Josemaría Escrivá, donde se detallan el conjunto de procesos patológicos que podrían considerarse sus “enfermedades” a lo largo de su vida, con especial incidencia en los años 1966-1975. Cfr. también, ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría*, Rialp, Madrid 2000, pp.27-43.

⁷ HERRANZ, G., *Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte. En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, 3ª ed., Pamplona 1977, p. 139-40.

⁸ HERRANZ, G., o.c., p. 141.

⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1500-01. Sobre este tema, puede verse: MONGE, M.A. y LEÓN, J.L., *El sentido del sufrimiento*, Ed. Palabra, 3ª ed., Madrid 2002.

¹⁰ Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, o.c., p. 426-27.

¹¹ Cfr. nº 419.

¹² Cfr. nº 208.

¹³ BERGLAR, P., *Opus Dei, Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, 3ª ed., Madrid 1988, p. 66.

¹⁴ ib.

¹⁵ HERRANZ, G., o.c., p. 153.

¹⁶ Cfr. LOZANO BARRAGÁN, J., *Teología y Medicina*, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, México 2000, p. 58.

¹⁷ Exh. Ap. *Salvifici doloris*, n. 27.

¹⁸ Cfr. Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud, Index 1994, donde se recogen 21.757 instituciones sanitarias católicas.

¹⁹ De todos es conocido que cuando Josemaría Escrivá viajaba a Pamplona, bien como Gran Canciller de la Universidad de Navarra o por cualquier otro motivo, nunca faltaron sus visitas -llenas de consuelo- a los enfermos de la Prelatura que estaban ingresados en la Clínica Universitaria.

²⁰ Cfr. J. HONORATO, *La enfermedad y la vida en el pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en Día a Día en la Clínica Universitaria, nº 44, febrero-marzo 2002, p. 4.

²¹ ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría*, o.c., p. 39.

